algar

Colección CALCETÍN

Han llegado

Jacobo Feijóo

Ilustraciones Marc Bou

1
El día que llegaron

Me gusta mucho leer. Aunque también me gustan los videojuegos y las series, claro. Pero lo bueno de leer es que puedo imaginarme las cosas como a mí me dé la gana y de una forma distinta a lo que me muestra otra persona en una pantalla. Así, la dueña de mi imaginación soy yo y nadie más que yo. Y eso es genial, ya sabes.

En mi caso, cuando más me gusta leer es de noche, después de cenar. Me encierro en mi habitación para que nadie en casa me dé la lata y me tumbo a leer en la cama hasta que me canso. Luego miro un rato por la ventana y me imagino lo que he leído, para recrearme un ratito más en la historia y degustarla mejor. Imagino una y otra vez

la trama y me hago preguntas. Intento descubrir lo que vendrá después y meterme en la piel de los protagonistas, entender sus motivos y sus miedos. Debo reconocer que a veces me hubiese gustado conocer de verdad a alguno de ellos y hacerme su amiga. ¿Cómo sería el capitán Garfio en realidad? ¿Y el Principito? ¿Sería yo capaz de vencer a los siniestros hombres de gris como hizo Momo? ¿Cómo me comportaría si me topara cara a cara con Willy Wonka? ¿Podría hacerme amiga del vampiro Rüdiger? ¿Temblaría ante la horrible bruja Baba Yagá? Me imaginaba historias de piratas, de mafiosas, de fantasía, de ciencia ficción, de aventuras y de terror. Y admito que me hubiese encantado ser un personaje de cualquiera de ellas. Tras hacer volar mi imaginación pensando en estos temas, me iba a dormir acompañada de estos bonitos pensamientos que me mecían en sueños hasta que me despertaba al día siguiente.

Aquella noche terminé de leer un poco más tarde de lo normal. Estaba con un libro algo más largo de lo habitual, de terror, y preferí terminar lo que me quedaba para no dejarlo a medias. Me tenía superenganchada, ¡no parpadeaba de lo atenta que me tenía! Así que decidí aguantar el cansancio y llegar hasta el final.

En ese libro se hablaba de un objeto maldito y muy extraño. Quién lo usaba veía cosas horribles

que lo perseguían y su cabeza enloquecía, porque los demás no notaban nada. El final del libro me dejó patidifusa, sin palabras. Y no te voy a mentir si te digo que también me quedé un poco asustada. Me había impactado mucho. Como se suele decir, «tenía mal cuerpo» de la impresión tan grande que me había causado. Seguro que entiendes a qué me refiero con esto, y hasta me atrevería a decir que te ha ocurrido alguna vez.

Apagué la luz de mi cuarto un poco muerta de miedo, escruté por todas partes por si aparecía el dichoso objeto maldito y me asomé por la ventana para seguir pensando un rato en la historia, como ya te dije antes que solía hacer a menudo. Una luna casi llena iluminaba el cielo aquella noche y proyectaba sombras misteriosas que se desparramaban por todos lados.

La calle en la que vivo está poco transitada. Un par de farolas iluminan tristemente la acera por la noche y, como mucho, puedes ver pasar a uno o dos gatos merodeando entre los contenedores de basura, pero jamás hay ni un alma paseando. De noche, mi calle es lóbrega como un cementerio.

Por si fuera poco, delante de mis bloques no hay nada construido, pues está a las afueras de la ciudad. Puro descampado. Bueno, sí, hay dos edificios gemelos de cuatro pisos, muy viejos, destartalados y abandonados que van a demoler y que

nunca demuelen. En ellos se reúnen a veces los mendigos y algunos malhechores para hacer de las suyas, como traficar con droga o vender móviles que han robado. Un mal sitio por el que pasar, pero, por suerte, ni ellos cruzan la calle ni nosotros lo hacemos, y eso evita muchos problemas. Es como una frontera entre países, el de la gente seria y el de la delincuencia. Es mejor evitar esos sitios, sin duda. El que se mezcla con mala gente mal acaba.

En el descampado, algo separada, también hay una casa de campo que debe de estar allí desde la guerra civil. Lleva décadas abandonada, y han clavado tablones en sus ventanas. La verja se ha oxidado y la maleza se la come por todos lados. Tiene varias tejas desprendidas y un árbol siniestro oculta una parte de la fachada con sus ramas retorcidas, como si fuese un abrazo de muerte. En la puerta de la verja ponía antes «Villa Deméter», pero el nombre está tan sucio y ajado que apenas puede leerse hoy en día. Deméter es el nombre del barco en el que Drácula llegó a Inglaterra desde su castillo en Transilvania. Eso lo sé porque había leído el libro hacía un par de meses.

Aunque a todo el mundo le daba un poco de miedo, a mí me gustaba mirar aquella casa. ¿Qué tendría dentro? ¿Guardaría algún secreto? ¿Un tesoro? ¿Tendría muchas habitaciones o pocas? ¿Habría en la sala un cuadro que pareciese mirarnos como

si estuviese vivo? El abuelo de Marga, mi mejor amiga, le contaba que allí había vivido un patólogo muy conocido e importante. Sin embargo, un día su mujer murió en circunstancias poco claras y a partir de ese momento él se encerró con sus libros de medicina y sus aparatos. Nunca volvió a saberse de él, y los vecinos decían que había enloquecido, perseguido por fantasmas que solo él veía. Algunas personas comentaban entre susurros asustados que de noche se oían voces angustiadas en el interior del caserón, como si el patólogo discutiese con alguien venido de otro mundo más siniestro que el nuestro.

Marga también me había contado alguna vez que su abuelo decía que el verano de 1957 fue el más cálido que se recuerda. Las fuentes dejaron de manar agua, las cosechas se secaron, las plantas se deshacían como si fuesen polvo, el ganado moría de sed con la lengua hinchada. La sangre de la gente se volvía espesa por la falta de hidratación y daba dolor de cabeza, y hasta los pantanos dejaban ver las torres de las viejas iglesias olvidadas que duermen bajo sus aguas.

Pues bien, cuando al fin llegó el esperado invierno de aquel año sórdido, un cartero pasó por la casa, que en aquella época estaba más alejada de la ciudad que hoy en día. El cartero depositó una carta en el buzón y entonces observó que en la puerta de la vivienda había ratas y una nube de

moscas. Armándose de valor y temiendo una desgracia, llamó a la puerta con los nudillos. Estaba misteriosamente entreabierta.

Como el hombre se convencía por momentos de que había ocurrido algo malo, entró pidiendo permiso por si podía ayudar. Lo que se encontró fue impactante. El médico estaba sentado en una mecedora con un libro entre las manos, ligeramente inclinado hacia delante. Su pelo, largo y blanco, deshecho en jirones, le tapaba la cara.

Parece ser que había muerto leyendo un libro, pero, como el calor de aquel verano había sido tan exagerado, su cuerpo se había momificado completamente. El abuelo de Marga decía que esa visión le había causado tal impresión al cartero que su pelo encaneció de golpe y ninguna palabra volvió a salir de su boca nunca jamás. Además, la momia del médico agarraba el libro con tanta fuerza que la policía tuvo que romperle los dedos y los brazos para que pudiera soltarlo. Cuando lo movieron para llevarlo a la morgue y estudiar sus restos, los jirones de pelo dejaron al descubierto la expresión de la cara. Ni siquiera policías curtidos como aquellos pudieron evitar un grito de terror al verla. El patólogo había muerto con la boca muy abierta, como si estuviese gritando de puro miedo sin poderse contener. ¿Algo o alguien lo había desecado o se había convertido en momia poco a poco, más tarde, a causa del calor?

El médico forense nunca pudo determinarlo y el misterio jamás se resolvió. Las autoridades, inquietas por los rumores que se extendían, echaron tierra sobre el asunto tratando de desviar la atención de la gente y no hablando del tema.

El libro, por cierto, se titulaba *Aliméntame con tu energía* y estuvo desaparecido desde entonces. Cuando, meses después, el comisario preguntó a sus subordinados por el dichoso libro con la intención de aportarlo como prueba ante el juez que llevaba el caso, nadie recordaba dónde estaba. Parecía que el ejemplar se había volatilizado sin dejar rastro y no le dieron mayor importancia.

Dado que el patólogo no tenía familia, la casa se cerró a la espera de que el juez dijese qué hacer con ella y así se quedó Villa Deméter desde entonces, cerrada para siempre. El albañil encargado de sellar las puertas y las ventanas con tablones dijo unos días después, cuando ya estaba poniendo la última tabla, que había encontrado cierta nota en el suelo escrita a pluma estilográfica con tinta tan roja como la sangre. Parece ser que la nota decía:

«Olvídate de nosotros.
No estamos aquí».

Esta historia, como ya te he dicho, me la contó mi amiga Marga y a ella se la había contado a su

vez su abuelo, quien afirmaba haberlo vivido todo en primera persona. Luego, el tiempo fue pasando y la vida continuó su camino e hizo que la gente olvidase aquel trágico suceso hasta el día de hoy.

Yo miraba todas las noches aquella casa una y otra vez y me preguntaba qué habría dentro. ¿Qué habría matado al médico? ¿Seguirían todavía allí sus aparatos de medicina y sus libros de anatomía? ¿El libro que estaba leyendo contendría una maldición? ¿Habría alguna clave en él? ¿Por qué nadie había vuelto jamás a aquella casa? ¿Qué escondería entre sus siniestras paredes? Si había pasado ya tanto tiempo, ¿por qué todo el mundo seguía huyendo de ella?

Mientras me hacía estas preguntas tan sombrías como interesantes, empezó a entrarme el sueño. Como te he dicho, para mí ya era más tarde de lo normal, y empezaba a ver «con telarañas en los ojos», como me dice mi madre cuando estoy medio dormida.

Bostecé como un caimán, me estiré y me dispuse a volver a la cama, ahora que ya estaba más tranquila tras comprobar que en mi cuarto no había rastro del objeto maldito que salía en el libro que justo había terminado de leer. Me di media vuelta y me puse el pijama con la torpeza propia de los soñolientos. Separé las sábanas para meterme en la cama, pero entonces recordé que no había baja-

do la persiana, así que tuve que dar media vuelta hasta la ventana refunfuñando un poco, porque no me apetecía.

Y entonces, en ese preciso momento, me pareció notar algo raro en el interior de Villa Deméter. A través del resquicio que dejaban los tablones en una ventana, se filtraba una luz muy tenue que salía desde dentro del caserón. Parecía la luz titilante y mortecina de una vela.

Tras décadas de abandono en que todos evitaban la casa, ahora había alguien habitándola. Sin duda.

Como comprenderás, me puse nerviosa e intrigada al momento. Eso no podía significar nada bueno, aunque, por otro lado, me despertaba la curiosidad. Al fin y al cabo, todos tenemos una intuición que nos avisa de los peligros, pero también de las oportunidades, ¿verdad?